

DEL MÉTODO CRÍTICO-TEÓRICO LACANIANO
A SUS RECONFIGURACIONES PRÁCTICO-POLÍTICAS EN DISCURSOS
CONCRETOS: CUESTIONAMIENTO DE LA IDEOLOGÍA, COMPROMISO DEL
INVESTIGADOR Y SUBVERSIÓN DEL SUJETO

David Pavón-Cuéllar

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Introducción

Además de ofrecer una introducción a lo que viene llamándose *análisis lacaniano de discurso* en corrientes radicales y alternativas de la psicología, el presente capítulo contiene una recapitulación del origen y la breve historia de este nuevo método, muestra cómo se inspira en la teoría de Jacques Lacan, examina con detenimiento su aspecto intrínsecamente crítico-teórico y contempla tres formas práctico-políticas en las que puede reconfigurarse bajo el efecto de los discursos concretos en los que incursiona. Estas formas de reconfiguración habrán de ser ilustradas a través de un esbozo de análisis de tres pasajes discursivos provenientes de tres contextos mexicanos diferentes y separados en el tiempo. Un viejo cuestionario del influyente psicólogo Rogelio Díaz-Guerrero nos permitirá ejemplificar cierto *cuestionamiento de la ideología*, mientras que el *compromiso del investigador* podrá ser apreciado a través del análisis de las palabras de un guerrillero del Ejército Popular Revolucionario (EPR), y una *subversión del sujeto* será ejemplificada mediante una consigna triunfal del presidente Enrique Peña Nieto.

Esperamos que este capítulo permita reconocer los rasgos distintivos de un método que no sólo se distingue claramente del análisis de contenido, sino

también de los procedimientos vigentes de análisis de discurso que se utilizan en la psicología social y en otras especializaciones psicológicas. El método crítico-teórico lacaniano concuerda ciertamente con estos procedimientos discursivos en su distanciamiento con respecto a un análisis de contenido que intenta remontar a una realidad psicológica expresada, comunicada, representada o reflejada por el discurso. A diferencia del análisis de contenido, y al igual que cualquier otro análisis de discurso, el método lacaniano se atiene a la presencia concreta del discurso, de las palabras y del lenguaje, de *lo que se dice* y de *la manera en que se dice*, y no de lo que todo esto supuestamente *quiere decir*. Podemos considerar entonces que el método en cuestión, al menos en lo que se refiere a su exclusión del contenido psicológico significado y extra-discursivo, coincide con la tradición de un análisis de discurso que tiene su origen en el trabajo clásico de Harris (1952), que se abre paso en la psicología en los años ochenta (Potter y Wetherell, 1987), que se muestra profundamente consonante con el análisis conversacional (Sacks, 1972) y con la aproximación retórica en la psicología social (Billig, 1987), que permite la confección de una psicología discursiva en los años noventa (Edwards y Potter, 1992) y que suele asimilarse atinadamente a ese gran movimiento renovador que se conoce hoy en día como *psicología social crítica* (Gough y McFadden, 2001). Sin embargo, en ruptura con esta vigorosa tradición predominantemente británica y norteamericana, el método lacaniano vehicula una teoría que lo sitúa en la perspectiva epistemológica del psicoanálisis freudiano y del estructuralismo continental, que lo vuelve radicalmente incompatible con la psicología en general, que lo hace ir más allá de la exclusión del contenido y que vuelca su interés hacia factores discursivos que enfatizaremos en este capítulo y que han sido totalmente ignorados, soslayados o desatendidos por el análisis de discurso tradicional.

Si queremos ubicar el método lacaniano en una tradición, ésta no será entonces la discursiva anglosajona, sino más bien la estructuralista continental. De hecho, en esta larga tradición, encontramos diversos métodos crítico-teóricos epistemológicamente afines al análisis lacaniano de discurso, entre ellos el *análisis arqueológico* de prácticas discursivas que ejercen un poder y constituyen un saber históricamente determinado e institucionalmente respaldado (Foucault, 1969), el *análisis marxista estructuralista* de la materialidad discursiva de la ideología y de la interpelación y determinación causal del efecto-sujeto (Althusser, 1970; Pêcheux, 1969, 1975), el *análisis marxista historicista* de la obra literaria en su aspecto ideológico y en su horizonte histórico (Jameson, 1981), la *desconstrucción* de la estructura del discurso a partir de sus diferencias intrínsecas y de sus inconsistencias y omisiones (Derrida, 1967, 1985), y la *teoría de discurso*, que analiza los fenómenos sociales e institucionales como construcciones políticas discursivas conflictivamente articuladas (Laclau y Mouffe, 1985). Conviene observar que todos estos métodos, sin excepción alguna, recibieron una influencia directa o indirecta de Lacan y de sus elaboraciones teóricas en torno al discurso, las cuales, como habremos de apreciarlo, constituyen el principal fundamento del método crítico-teórico lacaniano del que aquí nos ocupamos.

Lacan, el discurso y la psicología crítica

Tanto en su enseñanza oral como en sus escritos, el psicoanalista francés Jacques Lacan (1901-1981) ofrece múltiples y complejas elaboraciones teóricas en torno al discurso. Estas elaboraciones ocupan un lugar central en su teoría, se conectan con sus principales conceptos, fundamentan algunas de sus tesis básicas y atraviesan las etapas consecutivas de la evolución de su pensamiento durante más de veinticinco años. La reflexión lacaniana sobre lo

discursivo se va desplegando a lo ancho y largo de un dilatado entorno conceptual que estará primero dominado por la definición del inconsciente como discurso del Otro, luego acotado por la distinción entre el discurso, la palabra y el lenguaje, y finalmente organizado por la formulación de las matrices discursivas del amo, la histérica, el analista, la universidad y el capitalismo.

Al reflexionar sobre el discurso, Lacan genera una constelación de ideas que destacan por su refinamiento y por su originalidad, que se entretejen estrechamente unas con otras y que así constituyen una densa e intrincada trama que forma parte sustancial de la red interpretativa con la que Lacan ha releído, no sólo a Freud, sino también a Descartes, Kant, Hegel, Marx y muchos otros autores. Los retazos de esta red han sido fetichizados, venerados y manipulados repetitiva y dogmáticamente dentro de asociaciones y escuelas freudianas de inspiración lacaniana. Pero hay también innumerables retazos que se han deslizado al exterior del psicoanálisis, han penetrado en el mundo profano y han sido secularizados, recuperados y empleados intensivamente en los más diversos campos de conocimiento, entre ellos la filosofía, la lingüística, la antropología, la historia, el derecho y los estudios culturales, psicosociales y de género.

Prácticamente no hay ciencia humana o social que haya conseguido preservarse de las perturbadoras ideas provenientes de la teoría lacaniana. Y de estas ideas, las relativas al discurso han estado entre las más difundidas. Las encontramos, por ejemplo, en la teoría literaria (Jameson, 1981; Eagleton, 1983), en la ciencia política (Laclau y Mouffe, 1985; Laclau, 1994) y hasta en la órbita psicológica (Parker, 2005, 2010; Pavón-Cuéllar, 2006, 2010).

En el caso de la psicología, considerando su incompatibilidad esencial con respecto al psicoanálisis promovido por Lacan (Parker, 2003), entendemos

que las inoportunas aportaciones lacanianas tiendan a ser particularmente perturbadoras, desconcertantes e incluso disruptivas, que no se plieguen a las reglas y normas de la disciplina, y que adquieran un carácter acentuadamente polémico y conflictivo (v.g. Owens, 2009). No es casual que las psicologías críticas y crítico-discursivas hayan sido precisamente las más receptivas a Lacan y a sus elaboraciones teóricas en torno al discurso. Es como si estos flancos vulnerables fueran los únicos en los que podía ceder la fortaleza disciplinar. Se requería efectivamente de una oposición interna, de una especie de traición en el seno de la psicología, para que el enemigo pudiera invadir un medio tan sumamente hostil hacia él.

En la incursión lacaniana dentro la psicología, que ha venido avanzando y afianzándose desde hace ya tres décadas, hay gestas decisivas que merecen recordarse: la publicación de ciertos libros y artículos pioneros en los que vemos coincidir las visiones de la teoría lacaniana y de la psicología crítica (v.g. Henriques et al., 1984; Parker, 1995, 2003, 2004; Malone y Friedlander, 2000; Hook, 2008), la aparición del número monográfico de la *Annual Review of Critical Psychology* dedicado exclusivamente a Lacan (Owens, 2009), y lo que aquí más nos interesa, esto es, el surgimiento de un método crítico-teórico, el *análisis lacaniano de discurso* (Parker, 2005), claramente emparentado con la psicología crítica discursiva y con el análisis crítico de discurso (en una filiación que se prolonga desde Parker y Burman, 1993, hasta Parker, 2002).

Un método crítico-teórico: el análisis lacaniano de discurso

Los antecedentes del análisis lacaniano de discurso remontan a los orígenes de la escuela francesa de análisis de discurso y particularmente al trabajo de Michel Pêcheux (1969, 1975), también conocido por el pseudónimo de

Thomas Herbert (1966). Aunque este pensador francés adopte una perspectiva esencialmente althusseriana, la influencia de Lacan es notoria y nos permite hablar aquí de un análisis althusseriano-lacaniano de discurso. Resulta muy significativo que Pêcheux, además de pionero del análisis lacaniano de discurso, haya sido también un agudo crítico de la psicología y específicamente de una psicología social a la que negó toda cientificidad, reduciéndola, junto con la psicología y la sociología, a una función de producción de una “ideología expresiva de la práctica social global” (Herbert, 1966, p. 163).

Aunque aparentemente casual y fortuita, la coincidencia entre la crítica teórica de la psicología y el método lacaniano de análisis de discurso, en el trabajo de Michel Pêcheux, podría estar manifestando una correspondencia esencial y una afinidad profunda entre los dos polos coincidentes, el metodológico y el crítico-teórico. Es quizá por esto que veremos repetirse la misma coincidencia en un contexto completamente diferente, cuarenta años después, cuando el psicólogo crítico Ian Parker (2005) proponga la expresión de “análisis lacaniano de discurso” (ALD). De hecho, desde el momento mismo en el que Parker la forja, la expresión de ALD no designa un instrumento esterilizado, puro, aséptico, acrítico y teóricamente neutro. Se trata, por el contrario, de un procedimiento constituido por la teoría y animado por la crítica, diseñado a favor de ciertas ideas y en contra de otras ideas, predestinado al cuestionamiento de lo psicológico e inseparable de cierta perspectiva psicoanalítica, vaciado y fraguado en esta perspectiva, moldeado por ella, conformado y estructurado en función de ella. El ALD surge así, en suma, como un método crítico-teórico, es decir, posicionado y reflexivo, polémico y especulativo, doctrinario y argumentativo.

Tal como es propuesto por Ian Parker, en efecto, el ALD muestra ya palmariamente sus aspectos crítico y teórico. Por un lado, en su *disposición crítica*, el ALD parte de “la hostilidad de Lacan en relación con la psicología” (Parker, 2005, p. 164), se presenta como un “análisis crítico de discurso” (p. 173) y se ubica en una “corriente lacaniana” que “es una de las más críticas dentro de la ‘psicología crítica’ precisamente porque no es psicología en absoluto” (p. 164). Por otro lado, en su *composición teórica*, el ALD se extrae de “la teoría lacaniana” (p. 165), su elaboración comporta un “trabajo teórico” (p. 178) y él mismo no consiste sino en una serie de “elementos teóricos” (p. 167).

Parker (2005) distingue, para ser exactos, siete elementos teóricos que intentaremos ahora condensar en breves proposiciones:

1. *Cualidades formales del texto*. El ALD no se ocupa tanto del contenido como de una forma sin contenido, estructura compuesta de “diferencias sin términos positivos” o de “significantes sin sentido”, términos desprovistos de significaciones precisas y que representan al sujeto para otros significantes y no para otros sujetos (pp. 167-169).
2. *Anclaje de la representación*. El ALD intenta describir la manera en que el texto “gira” y “se estructura” en torno a ciertos “puntos de bloqueo” o “significantes recurrentes” que son indicios de “represión”, que dominan el discurso, que no pueden ser impugnados y que “anclan” o fijan las representaciones en una temporalidad retroactiva (pp. 169-170).
3. *Agencia y determinación*. El ALD no contrapone la agencia y la determinación, sino que las hace coincidir en una “extimidad” en la que se ubican el objeto *a* y el inconsciente, y en donde lo más íntimo viene a ser lo más externo, la acción del agente constituye la operación de la

estructura y la “sobre-determinación del sujeto” no difiere de la “sobre-determinación del sentido”, la cual, permitiendo “una re-creación reflexiva del pasado y del presente”, hace que “la simple predicción de la conducta se vuelva imposible” (pp. 170-172).

4. *El papel del saber*. El ALD concibe el discurso como una “relación con el saber”, con un saber que se le supone al Otro, al sistema o a la ideología que “interpela” al sujeto, lo constituye y lo hace expresar el discurso en el que el mismo sujeto puede ocupar diferentes posiciones en relación con el supuesto saber (pp. 172-173).
5. *Posiciones en el lenguaje*. El ALD considera que “no es posible emitir ni recibir el lenguaje sin ser posicionados por él”, y se interesa tanto en la división del sujeto entre sus distintos posicionamientos, como en las relaciones discursivas entre emisores y receptores en una situación en la que no puede haber “metalenguaje”, de modo que también el investigador, como receptor, está ya posicionado en el discurso desde un principio y no puede analizarlo desde afuera, de manera objetiva, neutral e imparcial (pp. 174-175).
6. *Puntos muertos de perspectiva*. El ALD no aspira ni al “acuerdo” con el emisor del discurso ni a “una comprensión más rica, más completa del texto”, sino que busca el “desacuerdo” e intenta descubrir lo enigmático, lo real más allá de la comprensión imaginaria, lo incomprensible tal como se revela “en los puntos de ruptura de la representación, en puntos de *shock* o de trauma que luego rápidamente se recubren para poder hablar sobre ellos” (pp. 175-176).
7. *Interpretación de material textual*. El ALD puede interpretar un texto “en la línea de lo simbólico”, interpretándolo al “abrirlo”, al “interrumpirlo”, al “desorganizarlo” y al desentrañar o “producir” los

“significantes-amos” que lo dominan, pero descartará una interpretación entendida, en “la línea de lo imaginario”, como exploración de un “horizonte de sentido” o del “mundo interior” de los emisores del texto analizado” (pp. 176-178).

Vemos bien que los “elementos teóricos” de Parker (2005) no corresponden, como él mismo lo reconoce, ni a “pasos o principios metodológicos definidos” (p. 178) ni a “sustancias empíricas definidas” (p. 167). Aunque orienten ciertamente el análisis de discurso al indicarnos lo que el ALD hace y busca en el discurso, es claro que lo uno y lo otro, lo que se hace y lo que se busca, el método y su objeto, no son reglas metodológicas y realidades empíricas, sino entidades teóricas, productos especulativos, nudos conceptuales, problemas y postulados lógicos de la teoría lacaniana. Lo que aquí tenemos, en definitiva, es un valioso extracto sintético, selectivo y sistemático, de todo aquello que Lacan reflexiona sobre el discurso y a lo que ya nos hemos referido en un principio.

Sistematización y ejemplificación del método crítico-teórico

Los elementos del ALD que Ian Parker nos ofrece en el año 2005, a través de su clásico artículo publicado en una revista anglosajona, sintetizan algunas de las principales elaboraciones teóricas de Lacan en torno al discurso. Es una síntesis muy semejante a la que encontramos un año después en un libro que yo mismo publiqué en Francia y en el que proponía once nociones lacanianas para aplicarlas al análisis de discurso en psicología social (Pavón-Cuéllar, 2006). Estas nociones fueron primero sistematizadas en 63 proposiciones explícitas y luego ejemplificadas a través del análisis de un pasaje de entrevista en el que un guerrillero, miembro del Ejército Popular Revolucionario (EPR) de México, había respondido a una pregunta sobre la

relación entre sus “obligaciones familiares” y sus “actividades revolucionarias” (p. 3). Al responder, el entrevistado se presentó como un “revolucionario consecuente” y habló del “matrimonio” como “punto de partida” para el “establecimiento de la familia”, una “familia monógama”, que sería “uno de los pilares fundamentales para la construcción de la nueva sociedad” (pp. 4-5). El escrutinio de esta respuesta me permitió ilustrar las nociones lacanianas y hacer las siguientes recomendaciones para su aplicación a la psicología social:

1. *Atravesar lo imaginario y profundizar en lo simbólico.* Debemos traspasar el espejo psicológico social y ahondar en las palabras literales y en sus relaciones patentes en el discurso (“familia monógama” como “uno de los pilares fundamentales para la construcción de la nueva sociedad”), pues así penetramos en el sistema simbólico por el que se rige el universo del sujeto, mientras que la manera en que un psicólogo social pretende comprender esas palabras (v.g. actitud social positiva ante la monogamia) y representarse aquello a lo que se refieren (v.g. familia mexicana unida y tradicional) corresponde a una profundidad imaginaria que se refleja en la superficie discursiva y que atañe a quien sólo puede comprenderse y representarse a sí mismo al pretender comprender y representarse lo analizado (pp. 7-23).
2. *Descartar el significado y atenerse al significante.* Al ceñirse al significante formal (“familia”) y a su relación estructural con los demás significantes a los que remite (como el de “matrimonio”), nuestro análisis de discurso quizá esté limitado a lo inconsistente y puramente formal y relacional, pero simultáneamente privilegia lo evidente y determinante al concentrarse en la estructura significativa de lo que denominamos “sociedad”, permite llegar a conclusiones demostrables

(el “matrimonio” como “punto de partida” para el “establecimiento de la familia” en cierto lugar de la estructura) y se distingue así del análisis de contenido que suele utilizarse en la psicología social de inspiración cognitiva y que sólo arroja conjeturas personales dudosas e indemostrables acerca de supuestos significados sociales (v.g. concepto nuclear y jurídico-religioso de la familia) atribuidos a los significantes y determinados por su estructura (pp. 25-72).

3. *Buscar la plenitud interna del discurso en su propia verdad y no en su correspondencia con una realidad.* En lugar de pretender escrutar el interior de las palabras al evaluar su mayor o menor fidelidad o adecuación a cierta realidad objetiva presente o pasada (v.g. la configuración familiar de los miembros de las organizaciones revolucionarias), tenemos que interesarnos en la verdad inherente al discurso, garante de su plenitud y consistente en algo que atañe al sujeto enunciador (el carácter “consecuente” del “revolucionario”) y cuya realización habrá sido retroactivamente precipitada por la enunciación de un discurso (por hablar del “matrimonio” como “punto de partida” para el “establecimiento de la familia”) que determina el futuro y no sólo describe el presente y el pasado (pp. 73-82).

4. *Considerar la enunciación y no sólo el enunciado.* Además de proceder como en el análisis convencional de discurso y ocuparnos de lo simbólico y significante que se enuncia en el material discursivo analizado (v.g. el “revolucionario consecuente”), debemos remontar al hecho mismo de enunciarlo, a la enunciación de lo enunciado, a la significantización de los significantes, a lo real de lo simbólico, al origen del material discursivo en un movimiento que lo crea y que depende tanto del sujeto que lo expresa (el sujeto real identificado

simbólicamente con el “revolucionario consecuente”) como de la estructura que lo articula (el sistema simbólico de la cultura en el que “la familia” y los demás elementos deben relacionarse de cierto modo), una estructura que se despliega en negativo dentro del mismo discurso al que da forma y en la que nosotros mismos ocupamos una posición que predetermina y limita nuestro análisis (pp. 83-98).

5. *No confundir al sujeto de la enunciación con el sujeto enunciado que lo representa como un significante para otro significante.* No habremos de asomarnos al discurso analizado como a una ventana sobre la sociedad ni tampoco nos figuraremos que el sujeto enunciado (el “revolucionario consecuente”) es un sujeto real que establece relaciones intersubjetivas también reales (vínculos familiares o matrimoniales) con otros sujetos igualmente reales (como su esposa o los demás integrantes de su familia), sino que reconoceremos que el discurso constituye la existencia misma de aquello que denominamos “sociedad” y que está compuesto de significantes como el sujeto enunciado (“revolucionario consecuente”) que representa simbólicamente al sujeto real de la enunciación (el entrevistado) ante otros significantes (como “la familia”) con los que establece relaciones inter-significantes en el seno de la estructura signifiante del sistema simbólico de la cultura (pp. 99-132).
6. *Estudiar la forma discursiva externa del inconsciente y no hacerla pasar por el contenido cognitivo interno de la conciencia del sujeto.* No fingiremos *conocer* aquello de lo que el sujeto sería consciente (v.g. su opinión sobre la familia), sino que aceptaremos que sólo podemos *saber* lo que expresa (el “matrimonio” para el “establecimiento de la familia”), es decir, lo articulado por el Otro, por el sistema simbólico de

la cultura que se despliega en el entorno histórico y político-económico del sujeto, en su íntima exterioridad en la que se relacionan de cierto modo los significantes (v.g. “la familia” y “el matrimonio”) y así componen e imponen lo que puede saberse, dando lugar a un saber inherente al lenguaje y materializado por todo lo que existe (como la familia y el matrimonio), una ideología organizada por la estructura signifiante de “la sociedad”, por aquello que se dice en el discurso y en donde siempre hay al menos dos posiciones contradictorias para cada sujeto, a saber, la del signifiante subjetivo (“el revolucionario”) con el que se identifica y la de los significantes predicativos (“la familia” o “la monogamia”) en los que debe alienarse para dar cuenta de su identidad (pp. 133-176).

7. *Ocuparse de los representantes simbólicos y de sus repertorios interpretativos y no de las representaciones imaginarias y pretendidamente sociales.* Al analizar el discurso, no intentaremos descubrir un conocimiento socialmente elaborado y compartido por el que su emisor aprehendería o se representaría lo que le rodea (v.g. la familia), sino que nos concentraremos en los significantes que subyacen a esta representación imaginaria y que la determinan (el “matrimonio” o la “monogamia”), que se organizan en repertorios interpretativos y que representan simbólicamente al sujeto para otros significantes y a los demás sujetos y objetos para el signifiante que representa al sujeto, entretejiéndose así la estructura signifiante de una “sociedad” que se ve disociada entre posiciones contradictorias al tiempo que el individuo se ve dividido entre esas mismas posiciones (pp. 177-190).
8. *Elucidar las posiciones dominantes y las relaciones de poder en el discurso analizado.* Bajo el supuesto lacaniano de que todo material

discursivo se caracteriza por aquello que intenta dominar y entraña la matriz lógica de lo que Lacan describe como “discurso del amo”, desentrañaremos esta matriz en el discurso analizado, mostraremos las configuraciones simbólicas en las que este discurso permite el ejercicio del poder, identificaremos los significantes dominantes que se repiten e insisten en ejercer cierto poder aparente (“el revolucionario”) sobre aquellos que vehiculan cierto saber (“la familia” o “el matrimonio”), subordinaremos esta dominación directa a la hegemonía estructural del saber, y apreciaremos la división del sujeto enunciador entre un polo y otro, así como también su enmascaramiento por los significantes dominantes, su disposición al desenmascaramiento, su capacidad de insubordinación y subversión, y su correlativa separación con respecto a todo aquello real que lo atañe, que le ha sido arrebatado y que resiste y escapa necesariamente a la esfera del poder (pp. 191-224).

9. *Discernir las formas positivas imaginarias y simbólicas de ser en el discurso que se analiza.* Nuestro análisis habrá de exponer y explicar los dispositivos ontológicos por los que el discurso analizado proporciona un ser positivo a su emisor, ya sea en la evidencia perceptible de la infraestructura discursiva, identificándolo simbólicamente con un significante subjetivo (“revolucionario consecuente”) al precio de alienarlo también simbólicamente en otros significantes predicativos (“matrimonio” y “familia”), o bien en la inferencia inteligible de la superestructura cognitiva, mediante su alienante identificación imaginaria con los significados atribuidos a los significantes encontrados en el discurso (pp. 225-232).

10. *Discernir la forma real negativa de ser en el discurso que se analiza.* Nuestro análisis tendrá que abordar también el dispositivo ontológico

por el que se puede obtener un ser negativo, presente en su ausencia o existente por defecto, a través de lo real excluido y así producido y circunscrito en el discurso analizado y revelado en sus fallas intrínsecas, particularmente la siempre existente entre el sujeto identificatorio (“el revolucionario”) y un predicado alienante (“la familia monógama” o “el matrimonio”) que pretende suministrar una confirmación del sujeto enunciado, pero que no puede evitar contradecirlo (pp. 233-248).

11. *Poner de relieve las dificultades e interrogantes que plantea el discurso analizado, pero sin pretender solucionarlas o responderlas.* Al analizar el discurso, no intentaremos ni simplificar lo complicado ni resolver lo problemático ni completar lo incompleto ni aclarar lo obscuro, sino que nos limitarnos a detectar, destacar y delimitar los enigmas, las ambigüedades, las contradicciones, las paradojas, los puntos extraños o desconcertantes y todo aquello que nos parezca insoluble, impenetrable, ininteligible o incomprensible (v.g. la necesidad del viejo “matrimonio” y de la vieja “familia monógama” para construir la “nueva sociedad”), pues todo esto, en una perspectiva lacaniana, constituye la vía de acceso a la verdad sintomática del discurso, una verdad que sólo puede saberse a medias y que atañe a un sujeto enunciadador que no consigue expresar el saber ideológico articulado por el sistema sin mutilarlo, perturbarlo y subvertirlo (pp. 249-280).

Como puede apreciarse, cada una de mis nociones lacanianas remite a uno o a varios de los elementos teóricos de Ian Parker. Estos elementos contemplan también aquello a lo que se refieren mis nociones. La intersección entre ambas propuestas es tal que tenemos prácticamente dos maneras diferentes de recortar el mismo cuerpo nocional de la teoría lacaniana. Cuando enfatizamos las *cualidades formales del texto*, ponemos el acento en lo

simbólico y en los significantes a expensas de lo imaginario y los significados. El *anclaje de la representación* está ubicado en el ámbito de los representantes simbólicos, y aquí, de manera más específica, en las posiciones dominantes del discurso. La superación de la dualidad *agencia-determinación* obedece al carácter simultáneamente íntimo y externo de la forma discursiva del inconsciente. Esta forma corresponde igualmente al *papel del saber*, mientras que las *posiciones en el lenguaje* incluyen las posiciones dominantes en el discurso y se vinculan entre sí por sus relaciones de poder. Los *puntos muertos de perspectiva* son aquello mismo que se destaca al poner de relieve las dificultades e interrogantes que plantea el discurso analizado, mientras que la *interpretación de material textual* que propone Parker habrá de coincidir tanto con mi elucidación de las posiciones dominantes como con mi decisión de respetar los enigmas y no solucionar las dificultades ni responder las interrogantes con las que nos encontramos en el discurso.

También habrá podido apreciarse que mis nociones lacanianas, lo mismo que los elementos teóricos de Parker, son entidades teóricas y responden a impulsos más representacionales, críticos y reflexivos, que procedimentales, heurísticos o estratégicos. El nivel en el que se ubican es epistemológico más que estrictamente metodológico. Al igual que los elementos del psicólogo crítico británico, no son recetas o instrucciones para proceder adecuadamente ante un objeto discursivo, sino concepciones teóricas, provenientes de la teoría y constituidas por la misma teoría, que se posicionan críticamente ante otras concepciones teóricas en la psicología social y que pueden expresarse proposicionalmente en el plano de la teoría y sobre la base de una epistemología precisa.

Ya en las primeras páginas de mi propuesta metodológica, yo mismo admitía “la raíz epistemológica” y “la sustancia teórica” de mis once nociones

lacanianas, y advertía significativamente que sólo debían aplicarse a la psicología social de un modo crítico, es decir, “como se aplica un tratamiento a una enfermedad, con el fin de curarla, o como se aplica un instrumento a un problema, con el fin de resolverlo” (Pavón-Cuéllar, 2006, p. 2). Era entonces nuevamente lo crítico-teórico, la concepción teórica y su posicionamiento crítico, lo que debía permitirnos analizar el discurso, definir y redefinir lo que analizábamos, ubicarnos de cierto modo con respecto a lo analizado, mediar en nuestro análisis y determinar la manera en que nos representábamos el discurso, lo pensábamos y lo abordábamos.

El posicionamiento crítico, la concepción teórica y el planteamiento metodológico

Podemos considerar, desde luego, que el ALD constituye un planteamiento metodológico, pero siempre y cuando entendamos que este planteamiento no se distingue de la concepción teórica ni de su posicionamiento crítico, lo que no debería sorprendernos en un método procedente del campo psicoanalítico. En el psicoanálisis, como ya Braunstein y Pasternac lo reconocieran hace unas cuatro décadas, el “método” es un “instrumental teórico” (Braunstein, 1975, p. 52), un “método teórico”, un “instrumento conceptual”, una “serie de conceptos articulados con los cuales puede operarse metódicamente sobre objetos de conocimiento” (Pasternac, 1975, pp. 211-218). Y este *método teórico* exige un *posicionamiento crítico* por el que se reafirma, se consolida y se mantiene viva la “ruptura epistemológica” efectuada por el psicoanálisis y consistente en “el levantamiento de un obstáculo epistemológico vuelto posible al visualizar el carácter ideológico de una construcción teórica dada” (pp. 203-211).

La visualización de lo teórico-ideológico representa el despertar crítico-teórico del psicoanálisis. Tras este despertar que debe repetirse cotidianamente en la conflictiva relación del psicoanálisis con las teorías vecinas, el método crítico-teórico psicoanalítico puede cruzar el umbral de la teoría, ir más allá de la ruptura epistemológica y salir a la calle, al ámbito público, para dar rienda suelta a sus reconfiguraciones práctico-políticas. Veremos en las siguientes páginas cómo la práctica política debería permitir que el psicoanálisis cobre un sentido social y se afirme cabalmente como una teoría crítica y como un método crítico-teórico (Englert y Suárez, 1979). Sin embargo, antes de esta afirmación cabal, el psicoanálisis deberá empezar una y otra vez por una teoría en la que no dejará de atascarse y desgastarse. Y aquí, en el campo de batalla de la teoría, deberá empezar también una y otra vez por la ofensiva, por la ruptura epistemológica, por el cuestionamiento crítico de lo teórico-ideológico. De la misma forma, como buen método teórico psicoanalítico, el ALD empezará por un cuestionamiento crítico de cierta certidumbre teórica ideológica. Este cuestionamiento se presentará como el primer gesto de la teoría y de su método. El método teórico lacaniano será primeramente crítico. *Es la crítica la que requiere y se provee de una teoría que se procura a su vez el método en el que la misma teoría se desdobra y se desenvuelve.*

Así como el ALD consiste en concepciones teóricas, así también estas concepciones obedecen a sus posicionamientos críticos. Es el proyecto de la psicología crítica, en efecto, el que hace que Ian Parker termine recurriendo a la teoría psicoanalítica lacaniana. Lo mismo ocurre, pero con menor solidez argumentativa, en mi ambiciosa y ciertamente cándida propuesta de aplicación de las nociones lacanianas como tratamientos, medicamentos o instrumentos para solucionar el problema constitutivo de la psicología social. Tanto en mi propuesta como en la de Parker, salvando las diferencias entre una y otra, la

teoría es empleada y animada por la crítica. Esta última es el vigoroso impulso negativo que desencadena la elucubración positiva en la teoría. La composición teórica depende así de una disposición crítica.

Confirmación y reafirmación del aspecto crítico-teórico del método

Si el ALD es un método hecho de teoría, su teoría está hecha de crítica. Es por esto que lo designo con una expresión, la de *método crítico-teórico*, en la que lo teórico está precedido por lo crítico. Intento así describir la curiosa inversión lógica por la que se caracteriza la metodología freudiana que habrá de ser adoptada por dos propuestas, la de Parker y la mía, que dan lugar al ALD, que surgen de manera prácticamente simultánea y que presentan ésta y otras coincidencias y similitudes importantes.

Ian Parker y yo confirmaremos y reafirmaremos el aspecto crítico-teórico del ALD en trabajos posteriores en los que volveremos a ocuparnos de nuestra propuesta metodológica. En un artículo en el que se ejemplifican los elementos teóricos del ALD mediante su aplicación a un diálogo de la película *El negociador*, Parker (2010) utilizará explícitamente la ilustración del método para la interpelación crítica de un campo emergente y cada vez más influyente en las universidades anglosajonas, el de los *estudios psicosociales*, en el cual, desde hace algunos años, se recobra el interés en la subjetividad y se recurre a menudo al psicoanálisis para elucidar la imbricación entre lo social y lo psíquico. El problema de quienes trabajan en este ámbito, según Parker (2010), es que no dejarían de incurrir en un “pensamiento binario” y se perderían en vanos debates en torno a las más diversas oposiciones conceptuales, por ejemplo, en lo relativo al discurso y su análisis, entre la verdad y la construcción, entre la experiencia individual y su descripción, entre la interpretación pretendidamente profunda y un examen lingüístico

juizado superficial, pero también, de manera más general, entre la psicología y el psicoanálisis, entre la perspectiva lacaniana y la kleiniana, entre lo psíquico y lo social, entre el énfasis “psico-social” en el interior de las personas y el acento “psicosocial” en las relaciones interpersonales (p. 157). A todo esto habría que agregar, en el caso específico de los estudios psicosociales que emplean el psicoanálisis para incursionar en el discurso, una desafortunada propensión a “colonizar” el texto analizado y “reemplazarlo por una explicación psicoanalítica” (pp. 157-158).

Frente a la colonización de los discursos analizados y las oposiciones conceptuales en las que se debaten los estudios psicosociales, Parker (2010) propone, como alternativa crítica, un ALD que “analiza el texto en lugar de colonizarlo con discurso psicoanalítico” (p. 170) y que “muestra cómo algo puede ser simultáneamente del psiquismo y de lo social, sin reducir lo uno a lo otro” (p. 157). Esto permitiría, en la óptica de Parker, que los estudios psicosociales, *corregidos* por el ALD, cumplieran “la promesa de ofrecer concepciones del lenguaje y de la subjetividad basadas en una aproximación radical al poder y a la ideología, poder e ideología que tienen como socios dudosos a nuestras ‘psique’ y ‘sociedad’ contemporáneas” (p. 170). Podemos decir, por consiguiente, que ni siquiera lo social y lo psíquico alcanzarían a escapar del cuestionamiento demoledor que partiría de una crítica teórica de los estudios psicosociales, en la que se reiteraría la ruptura epistemológica psicoanalítica, para desembocar en la afirmación cabal del psicoanálisis como teoría crítica mediante una práctica política radical ante el poder y la ideología.

El mismo año en el que apareció el recién expuesto artículo de Parker, yo publiqué, esta vez en el Reino Unido, un segundo libro en el que la exposición de las nociones lacanianas aplicadas al análisis de discurso, e ilustradas

nuevamente a través de la entrevista con el guerrillero mexicano, me sirvió para aclarar, justificar y reforzar el aspecto crítico-teórico de mi propuesta metodológica (Pavón-Cuéllar, 2010a). Este aspecto se manifestó ahora de tres maneras diferentes correspondientes a tres premisas teóricas relativas respectivamente al carácter inevitable o necesario del posicionamiento y las posibilidades o alternativas de la subversión y el reposicionamiento. En primer lugar, sobre la base de la aserción lacaniana de que “no hay metalenguaje”, postulé resueltamente una *inevitabilidad del posicionamiento del investigador* al incluir su análisis y lo que analiza, o su discurso analítico y el discurso analizado, en un mismo lenguaje que se estaría analizando a sí mismo desde el punto de vista del investigador, es decir, desde su posición en una estructura significativa en la que se desplegaría el sistema simbólico, político y económico, de cierta esfera cultural en cierto momento histórico (pp. 161-210). En segundo lugar, habiendo postulado la inevitabilidad del posicionamiento, agregué la declaración concesiva de la *posibilidad de subversión de aquello en lo que el investigador se posiciona*, y consideré que esta subversión, como precondition, interrupción y complemento del proceso revolucionario, era el objetivo final de un análisis concebido como “praxis analítica” en la perspectiva materialista del marxismo-leninismo (pp. 267-269, 339-341). Por último, habiéndome ubicado en esta perspectiva materialista, contemplé tácitamente la *posibilidad de reposicionamiento crítico del investigador a partir de la sistematización teórica de la subversión*, y fue así como yo mismo adopté, por un lado, una “psicología concreta” de inspiración marxista que opuse a las psicologías conductista, cognitiva y discursiva, y por otro lado, un ALD que definí por contraste con métodos como el análisis de contenido, el análisis proposicional de corte cognitivo, el análisis automático

de discurso de la escuela francesa y el análisis de discurso de la psicología discursiva anglosajona (pp. 35-36, 145-147, 338-340).

En otros escritos, paralelamente a las premisas recién mencionadas, he insistido en la subversión como objetivo final del análisis (Pavón-Cuéllar, 2013), pero también la he subordinado, más allá del análisis propiamente dicho, a un propósito emancipador con el que intento conectar la base crítico-teórica lacaniana con los proyectos práctico-políticos del marxismo (Pavón-Cuéllar, 2009, 2010b, 2011a, 2011b, 2012) y de la psicología de la liberación (Pavón-Cuéllar y González Equihua, 2012, 2013). Esta conexión ha ido acompañada, en un trabajo conjunto con Ian Parker y otros autores, por un vuelco del análisis hacia la ubicación, explicitación, enfatización, promoción, facilitación y fructificación de un acontecimiento que trastornaría el discurso, rompería su continuidad, se liberaría de sus determinaciones estructurales y así posibilitaría una transformación de la estructura significativa del sistema por el que se rige la sociedad (Parker y Pavón-Cuéllar, 2013, 2014). Además de confirmar y reafirmar el aspecto crítico-teórico de nuestro método, tal vuelco lo vincula nuevamente con un proyecto práctico-político alternativo, radical y oposicional, que lo enfrenta a los poderes instituidos y al orden establecido.

Reconfiguraciones práctico-políticas en discursos concretos

El proyecto práctico-político reconfigurará el método y lo hará cobrar una orientación determinada. Más allá de la tendencia general a la que nos hemos referido, esta orientación del método no será la misma en todos los análisis y no podrá caracterizarse en su generalidad, pues dependerá de cierta coyuntura histórica, de un contexto social y de la manera precisa en que el investigador se posicione con respecto al discurso concreto, el cual, por su parte, será

decisivo para el posicionamiento del investigador y por ende también para la orientación de su análisis. Es claro, en efecto, que la variabilidad en las reconfiguraciones práctico-políticas del análisis no dependerá únicamente de quien esté analizando, sino también de lo que esté analizando. El discurso concreto exigirá de nuestro método crítico-teórico, en cada caso, una reconfiguración práctico-política única y singular en función de nuestra posición y nuestro posicionamiento-reposicionamiento en relación con el discurso, con la posición de su emisor y con sus elementos constitutivos.

Ahora bien, a pesar de la singularidad y variabilidad a la que acabamos de referirnos, podemos prever que habrá ciertos vectores o líneas de fuerza que se resolverán en la tendencia general de nuestro proyecto alternativo, radical y oposicional, y que determinarán un limitado número de formas práctico-políticas particulares en las que el método puede reconfigurarse, cada vez de manera singular, bajo el efecto de los discursos concretos en los que incursiona. Por lo pronto, para cerrar el presente capítulo, distinguiremos tres formas diferentes de reconfiguración del ALD, el *cuestionamiento de la ideología*, el *compromiso del investigador* y la *subversión del sujeto*, que ilustraremos respectivamente a través de un esbozo de análisis lacaniano de tres pasajes discursivos provenientes de tres contextos mexicanos diferentes y separados en el tiempo, a saber, un viejo cuestionario del influyente psicólogo Rogelio Díaz-Guerrero, algunas palabras de un militante del Ejército Popular Revolucionario (EPR) y una consigna triunfal del presidente Enrique Peña Nieto.

Cuestionamiento de la ideología

Como ya lo mencionamos con anterioridad, el ALD es originaria y fundamentalmente crítico. Su punto de partida está en la crítica, y esta crítica

implica, por definición, un cuestionamiento de la ideología que ya es en sí mismo una forma de reconfiguración práctico-política del método. Podemos decir entonces que el cuestionamiento de la ideología es el primer paso del método crítico-teórico y de su reconfiguración práctica-política.

Ejemplificaremos el cuestionamiento de la ideología mediante el análisis de un pequeño cuestionario con el que nos encontramos en la *Psicología del mexicano* de Rogelio Díaz-Guerrero. El cuestionario consiste en tres preguntas dobles en las que los sujetos deben indicar la idea con la que están de acuerdo:

1. a) Si uno piensa que las órdenes de su padre no son razonables, debería sentirse en libertad de ponerlas en duda.
b) Las órdenes de un padre deberían ser obedecidas siempre.
2. a) Las órdenes del maestro deberían ser obedecidas siempre. b) Si uno piensa que las órdenes del maestro no son razonables, debería sentirse en libertad de ponerlas en duda.
3. a) Nunca se debe dudar de la palabra de una madre. b) Todas las madres pueden cometer errores y uno debería sentirse en libertad de dudar de su palabra cuando ésta parece equivocada.

(Díaz Guerrero, 2012, pp. 157-158)

El cuestionario fue aplicado, a finales de los años sesenta, en una población de estudiantes adolescentes de Estados Unidos, Reino Unido y México, y aparentemente permitió demostrar, según Díaz-Guerrero (2012), que “los mexicanos tienden a ser obedientes-afiliativos y los estadounidenses a ser autoafirmativos” (p. 157). Quizá esta conclusión pueda ser juzgada correcta bajo cierto criterio metodológico, pero se basa en la aplicación de un cuestionario cuyo análisis rápido y superficial, desde mi punto de vista, basta

para poner en evidencia una serie de preocupantes elementos ideológicos que pueden ser cuestionados y que no deberían verse reproducidos por la actividad científica bajo ningún motivo:

1. *Sexuación y sexismo*. En una perspectiva lacaniana, podemos admitir la sexuación como un aspecto estructural constitutivo del discurso. Este aspecto no podría ser eliminado sin disolver o disgregar el discurso. No hay razón para someterlo a cuestionamiento. Lo que sí puede cuestionarse es el sexismo entendido como ideologización de la sexuación o de la diferencia sexual. Esta diferencia ontológica se torna desigualdad política, y motivo de inferiorización y discriminación de la mujer, cuando lo expresado por las madres “parece equivocado”, mientras que lo expresado por los padres y los maestros únicamente puede ser algo sobre lo que “uno piensa” que “no es razonable”. Dicho de otro modo, el hombre puede *parecerme poco razonable*, pero la mujer *parece equivocada*. Y lo que es peor: más allá de cualquier apariencia, leemos que “todas las madres pueden cometer errores”, mientras que no leemos ninguna aserción equivalente con respecto a los padres o los maestros. Al cuestionario no se le ocurre decir, desde luego, que *todos los padres o todos los maestros puedan cometer errores*. Estos “errores” efectivos, reales u objetivos, se presentan de manera explícita como un privilegio femenino, como algo en lo que sólo pueden incurrir las madres y no los padres, pero que afortunadamente está muy bien repartido, ya que son “todas las madres”, y no sólo unas cuantas, las que “pueden cometer errores”.
2. *Dominación y sumisión*. El análisis lacaniano de discurso denunciará posiciones y relaciones de poder en el seno del discurso. En el cuestionario analizado, estas posiciones y relaciones son manifiestas.

No cabe duda, en efecto, de que el polo dominante es el masculino y adulto, el de los padres y maestros. Ellos, los hombres maduros, dan “órdenes”, mientras que las madres, las mujeres maduras, tan sólo expresan “palabras”. Es verdad que uno, como joven adolescente que responde el cuestionario, podrá tener tanto la “libertad de dudar” de las “palabras” de las madres como “la libertad de poner en duda” las “órdenes” de padres y maestros. Pero significativamente, en el caso de padres y maestros, no se considera que uno sea libre de desobedecer las órdenes. Lo más que uno puede hacer es “ponerlas en duda”, pero esto no implica necesariamente desobedecerlas. No parece haber salida para la sumisión ante estas “órdenes”. Después de todo, son órdenes.

3. *Objetivación y psicologización.* Nuestro método crítico-teórico estará al acecho de las armas de la psicologización y la objetivación, las cuales, a diferencia de otras armas ideológicas, estarán siempre al servicio de los poderes vigentes, de la reacción y de la dominación. En el caso de la objetivación o desobjetivación, petrificará y estabilizará fuera del sujeto, en un espacio imaginario especular inaccesible para el sujeto, algo aparente que se vuelve así refractario a la reflexión y a la transformación, como es el caso de la palabra femenina que no sólo *me parece* errónea, no sólo *me lo parece* de manera subjetiva, sino que *parece* equivocada, *lo parece* objetivamente hasta el punto de que puedo convencerme de que *lo es*, de que lo es de manera objetiva, cuando termino por convencerme de que “todas las madres pueden cometer errores” y dejo de interrogarme sobre lo que hace que un hijo los juzgue como “errores”. Por otro lado, en el caso de la psicologización, permitirá mantener en una supuesta interioridad psíquica todo aquello que amenaza con salir al ámbito exterior de la

política, de la sociedad y de la historia, como es el caso de la “duda” que no puede salir y convertirse en “desobediencia”. En el cuestionario analizado, “si uno piensa que las órdenes de su padre no son razonables”, lo más que puede hacer es “sentirse en libertad de ponerlas en duda”. El “sentir” es lo más lejos que puede llegar “el pensar”. El *cogito* psicológico se ve limitado a la esfera interna imaginaria de un “pienso, luego siento”. *Pienso que las órdenes de mi padre no son razonables, luego me siento en libertad de ponerlas en duda*. La duda cartesiana se enrosca sobre sí misma en un inofensivo sentimiento de libertad. Pero no basta sentirse en libertad para ser libre o para conquistar cierta libertad real en la existencia. Esta liberación existencial exigiría pasar al acto en la desobediencia que está excluida en el cuestionario. Esta desobediencia es la existencia a la que debería conducirme el pensamiento de que las órdenes no son razonables. En un *cogito* no estrictamente psicológico, *pienso que las órdenes no son razonables, luego existo al desobedecerlas*.

4. *Liberalismo e individualismo*. En las nociones hegemónicas de la libertad y la individualidad, nuestro análisis lacaniano encuentra simples significantes inmanentes al sistema simbólico de un capitalismo que se ofrece lo que denominamos *psicología* y otras manifestaciones de la ideología individualista liberal. El individualismo de esta ideología conjura la peligrosa colectividad, la de clases y demás grupos que protagonizan revueltas y revoluciones, y reduce el sujeto al significante individual que lo representa en el discurso, por ejemplo el “uno” del “uno piensa” o del “uno debería sentirse en libertad de dudar”. Este “uno”, el mismo del provechoso consumidor o del votante inofensivo, enmascara y disimula para el propio sujeto su división y su

duda con respecto a sí mismo, su duda existencial de ser uno y no otro, su duda radical de ser quien piensa todo lo que él piensa, una duda más fundamental que las que se dirigen a padres y maestros, pero mediada por ellas, indisociable de ellas. ¿Y si fueran los medios masivos de comunicación los que pensarán en mi lugar? ¿Y si mi clase social debiera pensar algo diferente? El individualismo del “uno” disimula todo esto que se ubica en la enunciación y no en el enunciado, todo esto que nos remite a la enajenación o alienación del individuo, al hecho de que el “uno” sea Otro, a la división interna del sujeto enunciador, la cual, en el discurso analizado, se revela en la falta de libertad existencial, en esa falta por la que “uno” sólo puede “sentirse en libertad de dudar”, pero no *actuar en libertad* y tal vez ni siquiera *sentirse con libertad de actuar*. Esta libertad colectiva, sólo practicable por la colectividad, no está contemplada por un liberalismo individualista que encierra toda la libertad en la esfera individual psicológica del sujeto como votante o como consumidor, como espectador o como trabajador.

Compromiso del investigador

Aunque podamos cuestionar cierta ideología, no hay manera de liberarse de las ataduras ideológicas de nuestro propio cuestionamiento. No podemos escapar de la ideología porque no hay nada al exterior de la ideología. Y no hay nada en este exterior sencillamente porque *no hay este exterior*, es decir, *no hay metalenguaje, no hay Otro del Otro, no hay un afuera del sistema simbólico y económico-político de la cultura en un momento histórico determinado*. Si esto es así, entonces no hay manera de salirse del sistema para estudiarlo desde el exterior, de manera desideologizada, y además, lo que es más importante, de forma neutra e imparcial.

No podemos aspirar a la neutralidad y la imparcialidad al analizar un discurso en el que se despliega el mismo sistema que lo articula. Nosotros nos encontramos también dentro de este sistema. Su discurso nos concierne y por eso es que puede llegar a decirnos algo. Si nos dice lo que nos dice, es porque tiene que ver con nosotros, porque estamos implicados en él, porque ya ocupamos una posición en él y con respecto a él.

Nuestro ALD habrá de condenar al investigador a un posicionamiento crítico-teórico necesario e inevitable que puede tornarse compromiso en la reconfiguración práctico-política del método. Aquí, en esta reconfiguración, la idea es enfrentarse al dilema de los posicionamientos, no eludirlo, sino elegir. ¿Qué podemos elegir? Ya sea el intento de reposicionarnos, de cambiar de posición y luego comprometernos con la nueva posición, o bien la decisión de comprometernos con aquello en lo que el discurso nos posiciona o aquello en lo que ya estábamos posicionados en un principio, mantenernos firmes en nuestra posición y no renegar de ella, no disimularla ni olvidarla, por más difícil y demandante que nos parezca.

Podemos ilustrar el posicionamiento crítico-teórico y el compromiso práctico-político a través de las palabras de uno de los militantes del Ejército Popular Revolucionario (EPR) al que entrevisté hace ya unos quince años:

La gente debe de poder verse reflejada en cada uno de nosotros, descubrirse en nosotros, descubrir en nosotros lo que hay dentro de ellos, lo reprimido y lo ilegal y lo clandestino que hay dentro de cada uno de ellos, lo revolucionario, lo encapuchado, su libertad negada, sus ideales abandonados, sus sueños prohibidos. (Pavón-Cuéllar y Vega, 2005, p. 38)

Cuando no eludimos el dilema de los posicionamientos y elegimos comprometernos abiertamente con aquello en lo que somos posicionados por el pasaje recién citado, podemos identificarnos con “la gente” y así también con los guerrilleros, y a partir de esta doble identificación, repensar los siguientes aspectos del método crítico-teórico en su reconfiguración práctico-política:

1. *La falta de metalenguaje.* No habiendo ningún Otro del Otro, no hay una tribuna externa desde la que podamos presenciar tranquilamente el combate entre el EPR y todo aquello contra lo que lucha. No hay lugares para el público, sino únicamente el escenario, el terreno de juego, el campo de batalla. Es aquí en donde tenemos que tomar partido, intervenir, actuar, pues incluso nuestra pasividad es ya una forma de acción, de complicidad con lo que no impedimos que ocurra y con aquel o aquello que tiene el poder o la fuerza de hacerlo ocurrir. Esta complicidad con el poderoso y con su poder, esta cómplice pasividad o sumisión, es la base misma sobre la que descansa el poder ejercido por el poderoso. Pero esta base descansa a su vez en el ejercicio mismo del poder que nos sume en la pasividad y que nos impide actuar con los rebeldes, no sólo al atemorizarnos, sino también y especialmente al impedirnos “descubrir” en ellos “lo que hay dentro de” nosotros, al hacer que *ello* sea “ilegal” y “clandestino”, al “reprimirlo”, al hacer que deba “encapucharse”, al hacernos “abandonar” sus “ideales”, al “prohibir” sus “sueños”.
2. *El inconsciente y su exterioridad.* Con su exterioridad perceptible, material y transindividual, el inconsciente lacaniano es un sistema simbólico y económico-político en el que ya estamos posicionados e implicados como sujetos desde un principio, que nos rodea y que se

extiende en el discurso que analizamos y en todo aquello a lo que se refiere, por ejemplo aquellos “sueños prohibidos”, aquello “reprimido” e “ilegal” y “clandestino” que “descubrimos” en los militantes del EPR. Al descubrirlo, al descubrirnos en lo que descubrimos, desafiamos al poder que impide este descubrimiento, que nos reprime al reprimir y al prohibir los sueños en los que hacemos nuestro descubrimiento. Es así como nos comprometemos con una lucha que deja de enfrentarse a esa pasividad, la nuestra, por la que el poderoso podía luchar y triunfar a través de nosotros. Es también así como el inconsciente se hace una conciencia de clase que sólo puede ser lo que es al hacerse en acto, en la acción, en la enunciación.

3. *El psiquismo y su extimidad*. En una perspectiva lacaniana, la extimidad propia de nuestro psiquismo, la circunstancia de que lo más íntimo sea lo más externo, hace que debamos ir lo más lejos en la exterioridad para encontrar lo más recóndito de nuestro psiquismo. Mi profundidad es la nuestra y la nuestra es la de un campo de batalla que se extiende más allá del horizonte. Se trata de un espacio de conflicto histórico en el sistema simbólico y económico-político de la cultura. Es aquello que subyace a la denominada *sociedad*, lo cual, por su profundidad, no puede ser explorado en la superficie de lo manifiesto, de lo vigente, lo dominante, lo legal y lo afirmado, lo que puedo pensar y sentir, lo comprensible o lo propiamente psicológico. Aquí, en esta superficie especular, no tengo dificultad para encontrarme y reconocirme. Pero hay que ir más allá del imaginario de los espejos, de los escaparates, de la conciencia de nuestros pensamientos y sentimientos. Hay que internarse en lo metapsicológico, en lo incomprensible y latente, en lo “encapuchado”, en lo “ilegal” y lo “negado”, en lo “prohibido” y lo

“abandonado”, en “lo reprimido” y “lo clandestino”. Al encontrarnos en todo esto, al “vernos reflejados” en *ello*, nos comprometemos con *ello*. Nos encontramos ya comprometidos con *ello*. Lo queramos o no, quedamos comprometidos.

4. *El discurso aplicado al análisis.* Al comprometernos en lo que analizamos, dejamos de ser simples investigadores que aplican un método a su objeto. Formamos parte del objeto que ya no es entonces exactamente un objeto. Más que un objeto, se trata de aquello en lo que nos encontramos, aquello en lo que “nos descubrimos”, aquello en lo que “nos vemos reflejados”, aquello que engloba y distingue los objetos de los sujetos, aquello mismo que nos interpela y en lo que se inserta nuestro método. Es lo mismo que se analiza cuando lo analizamos. Es algo que nunca se analiza mejor como cuando permitimos que se analice a sí mismo sin pretender que somos nosotros quienes lo analizamos. Es por esto que debemos permitir que nuestro método sea reconfigurado bajo el efecto de lo que analizamos. El discurso, en cierto sentido, tiene que poder aplicarse a nuestro análisis. Después de todo, *nuestro análisis es el suyo*. El discurso debe poder aplicarse a su propio análisis y así aplicarse a sí mismo a través de su propio análisis. De hecho, en una inversión decisiva, consideraremos que nuestro análisis no es tan nuestro como quisiéramos, pues ya le pertenece al Otro y a su discurso, el mismo discurso analizado, un discurso del sistema simbólico y económico-político. En el mejor de los casos, en efecto, cuando no hacemos como si todo fuera diferente de lo que es, nuestro análisis prolonga el discurso analizado, el discurso que se analiza mediante nuestro análisis. Pero no por ello nuestro análisis deja de ser nuestro y de estar mediado por nuestro punto de vista en el sistema. El

análisis nos concierne, ya que el discurso, al analizarse, se analiza a través de nosotros. Formamos parte de él, nos posee y es por eso que nos descubrimos en lo que analizamos. Es así como lo analizado se torna también analizante. Somos la misma “gente” de la que se ocupa nuestro análisis, y como ella, “debemos poder vernos reflejados” en los militantes del EPR, en los emisores del discurso que se analiza cuando lo analizamos.

Subversión del sujeto

Cuando nos comprometemos con cierta posición, instantáneamente nos involucramos en una trama de oposiciones, y a través de ellas, en una serie de contradicciones y antagonismos, de tensiones y fricciones, de luchas y conflictos. Esto es así porque el sistema simbólico y económico-político está compuesto de oposiciones que organizan un campo de batalla, un terreno de lucha y conflicto, un lugar agitado y convulsionado por el movimiento de la historia. Es aquí en donde pueden ocurrir aquellos acontecimientos que lo trastornan todo en la estructura, que escapan a sus determinaciones y que permiten cuestionar cierta ideología que parecía eterna y que se confundía con el aspecto mismo del universo.

Es verdad que el cuestionamiento de la ideología, como ya lo hemos dicho, no permite salir de la ideología en general. Pero sí permite al menos escapar de una ideología en particular, atacarla desde su exterior, desgastarla e incluso disgregarla o desbaratarla, todo lo cual, en definitiva, contribuye decisivamente a liquidar las relaciones de poder que la ideología en cuestión disimulaba y así posibilitaba y perpetuaba. Semejante liquidación de relaciones de poder puede ser concebida, en una perspectiva lacaniana, como una subversión del sujeto *de* esas relaciones, que es el sujeto *a* esas relaciones,

el sujetado *por* las mismas relaciones, el requerido por ellas para su establecimiento y mantenimiento.

La subversión del sujeto, con la resultante liquidación de ciertas relaciones de poder, constituye uno de los gestos más trascendentes de la reconfiguración práctico-política de nuestro ALD. Ilustraremos este gesto a través del análisis de la consigna “Ganó México”, por la que una organización política mexicana, el Partido de la Revolución Institucional (PRI), anunció el triunfo de su controvertido candidato a la Presidencia de la República, Enrique Peña Nieto, en unas elecciones que tuvieron lugar en julio de 2012 y que estuvieron teñidas de irregularidades. La consigna triunfal “Ganó México” resulta sumamente interesante por sí misma y por las condiciones en las que surge, pero también porque hace eco a la frase “Ganamos” [*“On a gagné”*] que resonó a lo ancho y largo de Francia en 1981, tras el triunfo electoral del candidato socialista François Mitterrand, y que fue analizada por el precursor del análisis lacaniano de discurso, Michel Pêcheux (1983), en una conferencia en la que abordaba la contradicción entre la estructura y el acontecimiento en el discurso. Nos ocuparemos ahora nuevamente de esta contradicción a través de cuatro parejas de conceptos que situarán el acontecimiento, ya no en la consigna triunfal o en el triunfo al que se refiere, sino en la subversión del sujeto como gesto de reconfiguración práctico-política de un análisis que se enfrenta a la estructura por la que se rige el discurso:

1. *Ausencia y representación.* En el “Ganó México” de Peña Nieto, al igual que en el “Ganamos” de Mitterrand, hay un “juego metafórico” que viene a “sobre-determinar el acontecimiento” y que proviene de un “dominio deportivo” en el que se pierde o se gana (Pêcheux, 1983, p. 308). Sin embargo, a diferencia del deporte, la política no es un “universo lógicamente estabilizado” en el que sea claro quién perdió y

quién ganó, y es por esto que podemos preguntarnos “quién ganó verdaderamente” o “más allá de las apariencias” o “a los ojos de la historia” (p. 309). Estas preguntas resultan particularmente pertinentes ante consignas tan “profundamente opacas”, indefinidas e imprecisas, como “Ganamos” o “Ganó México”, en las que “el desvanecimiento del agente induce un efecto de rebote en el que se entremezclan diversas posiciones militantes” (pp. 309-311). Ahora bien, en el caso preciso del “Ganó México”, las *posiciones militantes* no son ocupadas por sujetos que pueden asumir individual y colectivamente su propio triunfo y constituirse retroactivamente como el “nosotros” involucrado en el “ganamos”, sino que hay una entidad que trasciende cualquier individualidad y colectividad, que no requiere ninguna militancia para ser lo que es y en la que se ubican y disuelven todas las *posiciones militantes* de los votantes, aun aquellas de quienes votaron contra Peña Nieto, pues todos los votantes, para poder votar, debían ser mexicanos. En cierto sentido, independientemente de los partidos por los que votaran, todos tenían que votar por México y es por esto que “Ganó México”. Pero no fueron exactamente los mexicanos *quienes* ganaron. *Lo que* ganó fue algo supraindividual que subyace a los mexicanos, algo denominado “México”, y al tratarse de México, ya no importan los mexicanos. Digamos que dejan de contar los votantes y dejan de contarse los votos. Después de todo, Peña Nieto sólo ganó 20 millones de votos en un país con más de 100 millones de habitantes. Pero esto no debe importar, así como tampoco tiene importancia el fraude masivo que permitió comprar votos con despensas. Todo esto debe dejarse atrás cuando llega el momento de pensar en un México en el que desaparecen los votos, los partidos por los que se vota y las diferencias entre estos

partidos y entre sus votantes. En este momento, “Ganó México”, y este México ganador pretende representar a todos, cuando en realidad aquí representa, en el mejor de los casos, al 20% de la población. El 80% restante no está representado por el México ganador, no se encuentra en él, está ausente detrás del significante “México” que pretende representarlo. Digamos que el 80% del significante está vacío, pues el 80% de los habitantes de México no están contenidos en él. Pero aun quienes están contenidos, ¿están realmente contenidos? ¿Ganaron al ganar el México de Peña Nieto? ¿Acaso este México no es únicamente el de una reducidísima oligarquía que representa menos del 1% de los mexicanos, pero que tiene un inmenso poder financiero que le permite comprar votos y dominar medios masivos de comunicación? Y aun esta oligarquía, ¿ganó verdaderamente? ¿Se encuentra detrás del “México” ganador? ¿El significante de “México” la representa? ¿No es claro que este significante es el menos representativo de quienes ganaron al ganar Peña Nieto?

2. *Identidad e identificación.* Entre quienes ganaron al ganar Peña Nieto, ¿cuántos se sienten verdaderamente identificados con el significante de “México”? Una gran parte de los ganadores no son mexicanos y ni siquiera habitan en México ni se interesan en lo que podría llegar a representar este significante además de cifras correspondientes a inversiones, acciones, ventas y ganancias. Otros ganadores insistirán en su ascendencia extranjera, se avergonzarán de su nacionalidad mexicana o simplemente verán en el significante de “México”, *desde afuera*, el representante de un botín que no los representa evidentemente a ellos, sino a un territorio con toda clase de recursos explotables, incluido el petróleo y los habitantes, los trabajadores, los consumidores y los

votantes. Es todo esto lo que se identificará con la identidad puramente simbólica de “México” y lo que será simbólicamente representado por el significante. Es también todo esto lo que no parece haber ganado cuando “ganó México”. ¿Pero entonces qué o quién ganó cuando “ganó México”? Es claro que ganó el significante “México”. ¿Pero qué puede significar esto? ¿Qué o quién se beneficia con el hecho de que gane un significante? Podemos conjeturar, de entrada, que se benefician aquellos identificados con el significante que gana, que les proporciona una identidad ganadora y que los representa como ganadores para otros significantes. ¿Pero qué ganan exactamente los representados? Ganan fundamentalmente la sensación de ganar, la experiencia de haber ganado, la conciencia de ser ganadores. Por más embustera que sea esta conciencia y por más imaginario que sea su contenido, no deja de ser este último una ganancia para quien lo disfruta. Más allá de esta ganancia ilusoria, el hecho de que “México” haya ganado constituye una ganancia efectiva para lo verdaderamente significado o designado por el significante “México”, lo cual, para decirlo de una vez, no es el sujeto representado por el significante para otros significantes, sino más bien los otros significantes a los que remite el significante, es decir, la estructura significativa en la que se inserta, esta estructura del sistema simbólico y económico-político en el que “México” no es más que una pieza que debe cumplir su función ideológica. Este sistema capitalista hipermoderno y neoliberal es el que ganó cuando ganó el México de Peña Nieto. Al ganar este significante, ganó el sistema del que forma parte y que rige las relaciones de poder en la denominada *sociedad*. La ganancia efectiva, simbólica y económico-política, fue para el sistema. En términos lacanianos, este Otro, este lenguaje, fue el que ganó con el

triunfo del Uno del significante-amo de “México”. Pero la ganancia no puede ser gratis. Alguien debe pagar. Alguien debe perder para que el sistema gane. Para ser más precisos, alguien debe perder algo real para que el sistema obtenga su ganancia simbólica y económico-política. Digamos que el sistema ganó a expensas de quienes ahora deberán pagar su ganancia. Ellos, quienes finalmente siempre deben pagar la cuenta, son quienes perdieron cuando “ganó México”.

3. *Interpelación y alienación.* La enunciación del “Ganó México” parece cumplir con dos propósitos fundamentales en el funcionamiento ideológico del sistema simbólico y económico-político. En primer lugar, para ganarse a quienes habrán de perder al pagar la cuenta de la ganancia del sistema, el “Ganó México” interpela como ganadores a los mexicanos identificados con el significante de “México”, es decir, a los perdedores que este significante ya representa como recursos humanos explotables para otros significantes en el sistema. En segundo lugar, para posibilitar la explotación de estos recursos humanos, el “Ganó México” los aliena en el sistema de explotación al asimilar el significante con el que se identifican, el de “México”, a este sistema que “ganó” con el triunfo de Peña Nieto, lo que servirá para ocultar la profunda contradicción entre el sistema y todo lo representado por “México”, así como la explotación y la opresión de lo segundo por lo primero, del Uno por el Otro, del sujeto por el predicado, del significante por el discurso. En suma, primero se le hace creer al sujeto que ganó cuando perdió, y luego, a partir de esta creencia, puede persuadirse de que él es aquello que le ganó cuando perdió. Gracias a esta interpelación y alienación en el sistema, el sujeto sentirá su pérdida como ganancia y su derrota como victoria. La victoria de su enemigo se

transmutará en su propia victoria. En una inversión bien descrita por Marx, el sujeto percibirá su explotación por el sistema capitalista como enriquecimiento y capitalización de sí mismo como encarnación del significante nacional. También percibirá como libertad propia, como libertad de “México”, su opresión bajo el peso neocolonial de cierto liberalismo económico-político. La libertad en la circulación de capitales y mercancías le aparecerá como su propia libertad. El partido tricolor se confundirá con la bandera tricolor, la parte con el todo, una clase y su Estado con la sociedad entera, el capital con el trabajo, el sistema capitalista con su fuerza de trabajo.

4. *Desidentificación y desalienación.* Para el sujeto atrapado en la trampa recién descrita, el único medio eficaz por el que puede liberarse es el de revertir el proceso de alienación en el sistema y de interpelación por el sistema o identificación con un significante-amo del sistema. Pero la desidentificación y la desalienación exigen la subversión de un sujeto que sólo es tal por su peculiar sujeción al sistema y a las relaciones de poder inherentes al sistema. En la consigna que estamos analizando, el sujeto debe subvertirse a sí mismo, debe dejar de ser lo que era, tanto al desidentificarse de “México”, al distinguirse y desprenderse del significante nacional que supuestamente “ganó”, como al desalienarse del sistema capitalista que efectivamente ganó y que ejerce todo su poder estructural sobre el significante de “México”, y a través de este significante, sobre aquellos que se identifican con el significante y que así terminan alienados en la estructura significativa del sistema. Esta desidentificación-desalienación implica una subversión del sujeto porque lo desata y desembaraza de aquello mismo que le daba existencia y consistencia en el sistema simbólico y económico-político,

a saber, cierto valor de cambio, cierta nacionalidad, cierta personalidad, cierto puesto laboral, cierto prestigio y posición social, un gusto y un consumo particular, etc. Todo esto que puede saberse, enunciarse o predicarse del sujeto enunciado, todo esto con lo que se identifica y que lo aliena en el sistema, todo esto que lo sujeta al subjetivarlo, todo esto no puede separarse de él sin que él mismo se vea subvertido como sujeto enunciado. Pero esta subversión del sujeto simbólico permite desenmascarar al sujeto real del que nada puede predicarse, esto es, el hombre sin cualidades, el encapuchado, el sin nombre y sin rostro de los zapatistas, el trabajador proletarizado y explotado por el sistema, que es el único sujeto que verdaderamente puede transformar al sistema.

Conclusión

Renunciando a cualquier pretensión de objetividad, neutralidad o imparcialidad, hemos debido tomar partido y defender abiertamente nuestras posiciones y convicciones al explicar e ilustrar cada una de las reconfiguraciones práctico-políticas de nuestro método crítico-teórico. Al ocuparnos del *cuestionamiento de la ideología*, no hemos disimulado nuestra desconfianza y hostilidad hacia la disciplina psicológica y específicamente hacia el papel que desempeña en el mantenimiento de ciertas relaciones de poder, por ejemplo a través de la reproducción de prejuicios y dispositivos discursivo-ideológicos tales como los sexistas-patriarcales y liberales-individualistas que denunciamos en el cuestionario de Rogelio Díaz-Guerrero. La discusión y ejemplificación del *compromiso del investigador* nos ha llevado a borrar la frontera entre nosotros y los militantes de un grupo armado clandestino, entre sus armas y nuestras palabras, entre su discurso analizado y nuestro discurso analítico, entre su estrategia revolucionaria y nuestro método

crítico-teórico, entre su lucha y la reconfiguración práctico-política de nuestro método. En cuanto a la exposición de la *subversión del sujeto*, nos ha permitido arremeter con violencia contra el sistema del que Peña Nieto es el nombre, es decir, contra lo que verdaderamente ganó cuando supuestamente “ganó México”.

Sabemos que las mencionadas reconfiguraciones práctico-políticas de nuestro método no tendrán efectos visibles, concretos e inmediatos en el campo de batalla en el que incursionamos y en el que se enfrentan el sistema de Peña Nieto, el mensaje del EPR y la psicología de Díaz-Guerrero. Pero también sabemos que nuestro ALD no dejará de tener efectos, por mínimos que sean, y queremos buscar explícita y deliberadamente esos efectos para dar así un sentido claro a nuestro método y justificar su carácter crítico-teórico. Aunque no eludamos nuestras obligaciones especulativas en el terreno de la metodología, de la teoría y de la crítica, no creemos tener ni el derecho ni la posibilidad ni el tiempo de especular sin luchar, investigar sin actuar o describir sin transformar. Esto es una evidencia irrefutable en teorías, como la psicoanalítica y la marxista, que se han gestado y desarrollado en el seno de una práctica precisa.

Referencias

- Althusser, L. (1970). “Idéologie et Appareils d’Etat”. En: *Positions 1964-1975* (pp. 67–125). París: Éditions sociales, 1976.
- Billig, M. (1987). *Arguing and Thinking: A Rhetorical Approach to Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Braunstein, N. (1975). La psicología y la teoría psicoanalítica. En: N. Braunstein y otros, *Psicología, ideología y ciencia* (pp. 47-61). México: Siglo XXI, 2006.

- Derrida, J. (1967). *De la grammatologie*. París: Minuit.
- Derrida, J. (1985). “Lettre à un ami japonais”. En: *Psyché, inventions de l’autre* (pp. 9-14). París: Galilée, 2003.
- Díaz-Guerrero, R. (2012). *Psicología del mexicano. Descubrimiento de la etnopsicología*. México: Trillas.
- Eagleton, T. (1983). *Literary Theory: An Introduction*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Edwards, D., y Potter, J. (1992). *Discursive Psychology*. Londres: Sage.
- Englert, E. H. y Suárez, A. (Eds.) (1979). *El psicoanálisis como teoría crítica y la crítica política al psicoanálisis*. México: Siglo XXI, 1985.
- Foucault, M. (1969). *L’archéologie du savoir*. París: Gallimard.
- Gough, B. y McFadden, M. (2001). *Critical social psychology: An introduction*. Basingstoke: Palgrave.
- Harris, Z. S. (1952). Discourse Analysis. En: *Papers on Syntax* (pp. 107–142). Nueva York: Springer, 1981.
- Henriques, J., Hollway, Urwin, C., W., Venn, C., y Walkerdine, V. (1984). *Changing the Subject: Psychology, social regulation and subjectivity*. Londres: Methuen.
- Herbert, T. (1966). Réflexions sur la situation théorique des sciences sociales et, spécialement, de la psychologie sociale. *Cahiers pour l’analyse* 2, 139–165.
- Hook, D. (2008) *Absolute other: Lacan’s ‘big Other’ as adjunct to critical social psychological analysis? Social and personality psychology compass*, 2 (1), 51–73.
- Jameson, F. (1981). *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act*. Londres: Routledge, 1983.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso, 2001.

Laclau, E. (ed.) (1994). *The Making of Political Identities*. Londres: Verso.

Malone, K. R. y Friedlander, S. R. (Eds.) (2000). *The Subject of Lacan: A Lacanian Reader for Psychologists*. Albany, NY: State University of New York Press.

Owens, C. (Ed.) (2009). Lacan and Critical Psychology. *Annual Review of Critical Psychology* 7. En <http://www.discourseunit.com/arcp/7.htm> (consultado el 25 de marzo 2012).

Parker, I. (1995). “Everyday behaviour(ism) and therapeutic discourse: Deconstructing the ego as verbal nucleus in Skinner and Lacan”. En J. Siegfried (Ed), *Therapeutic and Everyday Discourse as Behavior Change: Towards a microanalysis in psychotherapy process research* (pp. 447-67). Nueva York: Ablex.

Parker, I. (2002). *Critical Discursive Psychology*. Londres: Palgrave

Parker, I. (2003). Jacques Lacan, Barred Psychologist. *Theory & Psychology*, 13 (1), 95-115.

Parker, I. (2004). Psychoanalysis and critical psychology. En D. Hook (Ed.), with N. Mkhize, P. Kiguwa and A. Collins (section eds) and E. Burman and I. Parker (consulting eds) *Critical Psychology*, pp. 138-161. Cape Town: UCT Press.

Parker, I. (2005). Lacanian Discourse Analysis in Psychology: Seven Theoretical Elements. *Theory & Psychology* 15 (2), 163-182.

Parker, I. (2010). Psychosocial studies: Lacanian discourse analysis negotiating interview text. *Psychoanalysis, Culture & Society* 15 (2), 156–172

- Parker, I. y Burman, E. (1993). Against discursive imperialism, empiricism and constructionism: thirty-two problems with discourse analysis. En: Burman, E. and Parker, I. (Eds.) (1993), *Discourse Analytic Research: Repertoires and Readings of Texts in Action* (pp. 155-172). Londres: Routledge.
- Parker, I. y Pavón-Cuéllar, D. (Eds.) (2013). *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual*. México: Plaza y Valdés.
- Parker, I. y Pavón-Cuéllar, D. (Eds.) (2014). *Lacan, Discourse, Event. New Psychoanalytical Approaches to Textual Indeterminacy*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Pasternac, M. (1975). El método psicoanalítico. En: N. Braunstein y otros, *Psicología, ideología y ciencia*. México: Siglo XXI, 2006.
- Pavón-Cuéllar, D. y Vega, M. L. (2005). *Lucha eperrista*. Buenos Aires: Centro de Documentación de los Movimientos Armados.
- Pavón-Cuéllar, D. (2006). *Le révolutio-m'être: notions lacaniennes appliquées à l'analyse de discours en psychologie sociale*. París: Psychophores.
- Pavón-Cuéllar, D. (2009). *Marxisme lacanien*. París: Psychophores.
- Pavón-Cuéllar, D. (2010a). *From the Conscious Interior to an Exterior Unconscious: Lacan, Discourse Analysis and Social Psychology*. Londres: Karnac.
- Pavón-Cuéllar, D. (2010b). “Capitalismo y psicoanálisis: la crisis económica y una crítica marxista-lacaniana de la economía”. *Psikeba. Revista de psicoanálisis y estudios culturales*, 11.
<http://psikeba.com.ar/articulos03/category/ediciones/psikeba-11/>
- Pavón-Cuéllar, D. (2011a). Marx in Lacan: Proletarian Truth in Opposition to Capitalist Psychology. *Annual Review of Critical Psychology*, 9, 70–71.

- Pavón-Cuéllar, D. (2011b). “El Espectro del Comunismo y el Hombrecillo Rojo de las Tullerías: Una Interpretación Marxista-Lacanianana del Fenómeno de la Fantasmagoría”. En: Mario Orozco Guzmán et al. (coord.), *Configuraciones Psicoanalíticas sobre espectros y fantasmas* (pp. 129-152). México D.F.: Plaza y Valdés.
- Pavón-Cuéllar, D. (2012). Unacceptable Complicities and Necessary Articulations between Psychotherapy, Politics and Internationalism. *Psychotherapy and Politics International*, 10 (1), 21–32.
- Pavón-Cuéllar, D. (2013). De la palabra al acontecimiento: límites, posibilidades y desafíos del análisis lacaniano de discurso. En: Parker, I. y Pavón-Cuéllar, D. (coord.), *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual* (pp. 389–403). México D.F.: Plaza y Valdés.
- Pavón-Cuéllar, D. y González Equihua E. (2012). De los efectos de subversión en el psicoanálisis de Jacques Lacan al propósito de liberación en la psicología de Ignacio Martín-Baró. *Revista de Humanidades*, 27 (1), 133–152.
- Pavón-Cuéllar, D. y González Equihua E. (2013). Subversive psychoanalysis and its potential orientation toward a liberation psychology: From a Lacanian reading of Martín-Baró to a committed use of Jacques Lacan. *Theory & Psychology* 23(5), 639–656.
- Pêcheux, M. (1969). *Analyse automatique de discours*. París: Dunod.
- Pêcheux, M. (1983). Le discours : structure ou évènement ? En D. Maldidier (Ed.), *L'inquiétude du discours* (pp. 303-323). París: Cendres, 1990.
- Pêcheux, M. y Fuchs, C. (1975). “Mises au point et perspectives à propos de l’analyse automatique de discours”. *Langages* 37, 7–80.

Sacks, H. (1972). An Initial Investigation of the Usability of Conversational Data for Doing Sociology. En: Sudnow D. (Ed.), *Studies in Social Interaction* (pp. 31–74). Nueva York: Free Press.